



LITERATUR IN DEN SPRACHEN BERLINS 2024

Óscar Perdomo

Jupiter 3

(extracto)

Carlos despertó en la madrugada estremecido por un cólico que, como látigo, le azotó las entrañas. Le parecía que le rajaban los intestinos con un machete, como al conejo de esa canción de cacería que había escuchado antes de dormir. Quiso sacudirse, pero lo detuvo la idea de que al moverse terminaría ensuciándose en los pantalones. Temía que los demás compañeros y *monsieur* Humboldt, quien dormía en el suelo a su lado izquierdo, despertarían, espantados por el mal olor. ¿Pero qué podría oler mal, si no había comido nada durante el día anterior? Se mantuvo allí, callado, observando en la oscuridad las llamaradas de un fuego que emanaba de su propia nariz. Me estoy quemando por dentro, pensó.

Recordó que su nana, la negra Ángela, decía que en una situación así lo mejor que uno puede hacer es respirar: dejar que el dolor se calme con el aire que entra y sale por la herida. “¡Pero me voy a cagar!”

Eso tenía que sentirse durante un parto, pensó, justo antes de notar una mano helada sobre su cabeza, la mano de alguien acariciando su frente. Intentó apartarse de aquella mano, pero sólo pudo rendirse.

—Tranquilo, todo estará bien — dijo alguien.

Era la voz de Humboldt cuya mano había acariciado el barómetro toda la tarde y ahora se pasaba por sus cienes. Carlos no podía más con el dolor.

—¿Qué me sucede? —preguntó.

Humboldt no respondió. Su silencio hizo pensar a Carlos que se moría, que se estaba muriendo allí, en las alturas del Antisana. Precisamente en el Antisana, el lugar que en quechua *significa montaña de la oscuridad*.

—No se preocupe. Estamos solo reaccionando al miasma de la estufa —susurró Humboldt. Habían prendido esa estufa para calentar el interior de aquella vieja casa hecha de barro pisado que no tenía una sola ventana y que estaba en el límite entre el páramo y el glaciar.

—Me estoy muriendo, dijo Carlos.

—*Monsieur* Montúfar, no muera —dijo Humboldt—, ¿qué diré a su padre si usted muere?

Carlos quería responderle, pero no tenía fuerzas. Sentía el cuerpo de Humboldt acostado a su lado. Escuchó que él se sentó y se quitó la camisa. Y quiso decirle muchas cosas cuando notó que Humboldt le levantó también su camisa y con un movimiento suave se acostó encima de él.

Se supone que los cuerpos vivos transmiten calor, pero el pecho de Humboldt parecía hecho de nieve. Aquella nieve sofocaba el incendio que calcinaba a Carlos por dentro. El frío pecho de Humboldt calmaba a Carlos como una avalancha de nieve derramada sobre una llanura en llamas.

—Necesitamos un líquido caliente —le murmuró Humboldt al oído izquierdo. —Voy a salir a traer agua del pozo.

—¡No, quédese aquí, por favor! —le suplicó Carlos.

—Usted necesita agua.

— ¡No, sólo lo necesito a usted!

En ese momento Humboldt era todo lo que Carlos necesitaba. Ya no pudo imaginar la vida sin él. Necesitaba que Humboldt fuera su camisa, su chaqueta, su pantalón.

— Volveré al instante — dijo éste.

— ¡No se vaya! Los toros lo matarán. ¡Y se enredará con las estrellas!

— ¿Cuáles estrellas?

— Hay estrellas en todas partes: en el techo, en el piso. ¿No las ve? Yo sí.

— Vendré con agua, *monsieur* Montúfar.

— No necesito agua. Por favor, no se vaya.

En el momento en el que Alexander von Humboldt despegara la piel de la suya, pensó Carlos, su vida terminaría. Necesitaba sus manos. Y ahora su mano derecha descendía hacia sus piernas. Le desabrochaba el cordón de sus calzones. El chasquido de la tela resonó en el silencio. Carlos temió que los otros se dieran cuenta. Sin embargo, era posible que los demás ya hubieran muerto. Quizás no quedaban vivos más que ellos dos. ¿Qué pasaría entonces? Pero, sin una gota de lástima, Carlos deseó que todos los demás estuvieran muertos.

— Tengo miedo — murmuró en el oído de Humboldt. Pero su miedo se mezclaba de alivio. El dolor cedía, lo suficiente para permitirle la sensación de que esas mejillas afeitadas serían una nueva alegría que florecería en él para siempre. Esa alegría era el reemplazo del aire: lo único que podía respirar. Carlos no pudo creer que alguien pudiera estar tan lleno de otra persona y que por eso se sintiera tan caliente y frío al mismo tiempo. El dolor regresaba en oleadas.

— Usted tiene razón, *monsieur* Montúfar: estamos sumergidos en estrellas— dijo Humboldt. Arriba, sobre el techo, se movía el cielo más hermoso que Humboldt jamás había visto en su vida, y eso que la suya era la vida de un astrónomo.

El viento bramaba sobre el tejado como en las velas de un barco en altamar. Carlos sintió que esto quizás no era el sonido del viento, sino el sonido del universo. De pronto, lo asaltó la certeza de que aquella

casa construida por los jesuitas era en realidad una máquina interestelar. Esa hacienda era una fragata navegando en el espacio exterior.

— *Monsieur* Humboldt, ¿algún día iremos los hombres al espacio exterior?

Humboldt pasaba su mano derecha sobre el pecho de Carlos con la lentitud de quien quiere entender algo nuevo.

— *Monsieur* Montúfar, quizás usted sea el espacio exterior.